cinco pesetas... Factúrelo en gran velocidad, ¿eh?... Yo voy en seguida...

—¿Cuándo me paga usted?

Ella le da una moneda. El mozo, meneando la cabeza con aire disgustado:

—¿Cinco pesetas nada más?

—¿Pues, cuánto quieres?

—Vamos..., dé usted algo para echar un trago...

—Ahí va un real.

—Déme usted dos y que Dios la bendiga.

(Pausa.)

—Toma, bruto...; ¡pero corre!... ¡No pierdas un instante!...

El mozo sale precipitadamente y Amalia permanece un momento cruzada de brazos, pescansando. Aún puede disponer de algunos minutos. De repente lanza un grito terrible y se desploma sobre un sillón, exclamando):

—¡Dios mío..., si no puedo vestirme!... ¡¡He guardado toda mi ropa en el baúl!!... ¡Jesús!... ¡Y el marqués que vendrá hecho un fauno dentro de media hora y me sorprenderá en pantalones!...

(En aquel momento aparece el marqués. Amalia lanza un grito. Telón muy rápido.)

Enrique Bayona.

A UNA ANTIGUA AMANTE

Yo fuí el amante triste de una *demi-mondaine*,
una muchacha rubia, esbelta y elegante,
que consintió en quererme porque era un chi-
(co «bien»
y le decía frases mimosas y galantes.
Recuerdo que una tarde nos fuimos en un
(tren
sudexprés, á unas playas de moda muy distan-
(tes...
Unas muchachas tristes que había en el andén
quedáronse mirando con envidia, anhelantes.
Eran tres burguesitas de porte suave y fino,
que vivían en un retiro provinciano...
y yo sentimental y extraño libertino,
educado en colegio levítico y malsano,
lloré con la nostalgia de aquel Edén lejano
del cual me separaba aquel tren asesino.

Andrés González-Blanco.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid

LA HOJA DE PARRA ✣ REVISTA FESTIVA ✣
APARECE LOS SÁBADOS
Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes
NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.
Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547 MADRID
En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN
Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo
Envíos de periódicos y libros á provincias

Para poder abandonar el perjudicial
VICIO DE FUMAR
y conseguir la completa curación de las
afecciones de las vías respiratorias
tómense las
Pastillas del Dr. Laboschin
Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.
Dos pesetas caja en todas las buenas farmacias de España.

Si los Previsores del Porvenir tienen 117.300 socios obligados á pagar cuota mensual, ¿cuántos tendrá *Hispan Trust* cuando sepan que pueden librarse del pago de dicha cuota y de la contribución sobre alquileres, teniendo, además, derecho á otras combinaciones beneficiosas sin que le cuesten un céntimo?...
PRINCIPE, 14
De 10 á 12 y de 4 á 6

AÑO I. Madrid, 21 de Octubre de 1911. NUM. 25



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

(Sometida á la Censura. No á la eclesiástica; á la otra.)

CARAS BONITAS

SUMARIO

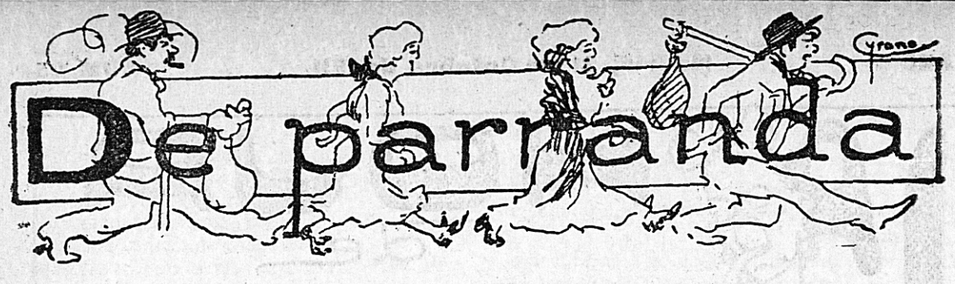
CARLOS MIRANDA
De parranda.
RAFAEL LEYDA
Reconciliación.
DIONISIO PÉREZ
Amores pedagógicos
J. MARTÍNEZ JEREZ
Noches galantes.
EL CONFESONARIO
Artículos de ELADIA RUIZ PARIS y PACOMIO PERIBAÑEZ
ANTONIO DE LEZAMA
Cuento inocente.°
LEOPOLDO BEJARANO
Petición de una soltera.
RAFAEL TORROMÉ
La sabiduría conyugal.
NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR
Fortuna de cazadores.
CYRANO, SANCHA, ABAD y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Elenita Riquelme, Paca Ortiz, Eladia Ruiz Paris, Paco Serrano Anguita, Pacomio Peribañez, Antonio de Lezama y otros dibujos.

5 cénts.



ELENITA RIQUELME

Damita joven del teatro de la Princesa, madrileña castiza y bonita.



Qué es moral? Pues un árbol que da mor as,

ó ¡Cómo están, señores, las señoras! ....

(Nuevos *cuplés* de «La Corte de Faraón».)

I

Hoy las señoras son muy bravías;
y á Dios le arman todos los días,
con sus desplantes *la mar* de broncas;
y, cuando gritan, se ponen roncas...
Hay muchas hembras que están cansadas
de dar á un *socio* de bofetadas;
y, cuando el hombre va y se las tira
de serlo, dicen: «¡Paece mentira!»...

—

Las hay, las hay,
que gustan de meter la pata.
Las hay, las hay,
que sin pedirlo dan la lata.
Las hay, las hay...
¡Caray, caray, caray!

II

Son tan viriles hoy las señoras,
que nos calientan á todas horas;
y, si nos faltan con desparpajo,
no quieren nunca quedar debajo.
Porque es su anhelo, y es su deleite,
quedar encima como el aceite;
y al hombre tratan cual á un borrico,
mientras no le hacen hincar el pico.

—

Las hay, las hay,
con una porción de riñones.
Las hay, las hay,
que deben de usar pantalones.
Las hay, las hay...
¡Caray, caray, caray!

III

Son hoy las hembras tan varoniles,
que más parecen guardias civiles;
y con los hombres tienen más humos
que antes tenían los de consumos.
Cuando se salen de sus casillas,
son un hatajo de fierecillas;
y con las uñas, y con los dientes,
son muy templadas y muy valientes.

—

Las hay, las hay,
que arañan cuando están beodas.
Las hay, las hay,
que muerden la noche de bodas.
Las hay, las hay...
¡Caray, caray, caray!

IV

No son ahora ya las mujeres
sacerdotisas de los placeres,
sino la causa de ciertos males
de que están llenos los hospitales.
Ya por los hombres jamás se ciegan,
si no las pagan; pero las pegan...
Y así vivimos en los infiernos,
con muchos rabos y muchos cuernos.

—

Las hay, las hay,
que suelen estar muy malitas.
Las hay, las hay,
que nos coronan de rositas.
Las hay, las hay...
¡Caray, caray, caray!

V

Muchas más cosas decir podría;
pero se quedan para otro día,
porque con esto de la censura
todo lo achacan á la verdura...
Y así, no escribo ya más *cupleses,*
ni con las manos ni con los *pieses*;
y en este quinto doy fin al texto,
pues no nos dejan llegar al sexto...

—

¡Caray, caray!...
No quiero verme denunciado.
¡Caray, caray!...
Ni que me citen al Juzgado.
¡Caray, caray!...
¡¡¡Mejor se está en Bombay!!!

Por la «copistería»,

Carlos Miranda.

RECONCILIACION

(EPISODIO DE UNA VIDA CONYUGAL)

DESDE entonces se repitieron las reyertas, siempre por cuestiones de dinero, punto en el que Carmen mostraba alguna energía para defenderse. Todo Madrid comentaba burlón las disensiones conyugales de la Ortiz—pues la categoría social del ex ministro, consejero, gran cruz, etc., hizo que aun después del matrimonio fueran Elvira y Carmen conocidas por el apellido paterno.—Y el ilustre hombre público estaba amargado.

El horizonte político anunciaba crisis. Esperaba una cartera de las más importantes, y aquella situación familiar dificultaba su acceso al poder.

De altas regiones se le hizo alguna insinuación para que el escándalo cesara...

El no veía ya á su hija menor; pero se avistó con Elvira, la casada con Javier Ordóñez, y acordaron llamar á capítulo á Carmen y obligarla á la separación. La pillaron tras de formidable riña, acardenalada, las narices brotando sangre, y accedió gustosa. Lafuente no puso obstáculo... Mientras no le pidiesen dinero...

Carmen se fué á vivir con su hermana.

—¡Qué bien me encuentro! ¡Qué tranquila!—decia á todas al principio.

Iba mucho á la iglesia, poco al teatro y á paseo... Sólo á última hora en coche, ó por la mañana al parterre con sus sobrinillos.

Pero aquella existencia pacífica la cansó pronto. Se acordaba de su marido. Cierto que era un bribón, pero ¡le quería tanto!

Y resucitaba con el recuerdo sus noches de pasión, de sensual delirio, al cabo de las cuales levantábase quebrantada, con los huesos como rotos, estragado el paladar, los ojos cansinos, pero feliz... Porque su marido le daba el orgullo de sí misma, poniéndola de relieve encantos que ella ni sospechara. Tenía una peca en el seno izquierdo, casi junto al obscuro pezón. En aquel seno pequeño, redondo, de nacarina transparencia, que él recogía en tre sus dos manos con unción, como un cá liz precioso, besandohasta embriagarse el lunarcillo dorado, que raillaba como una mancha de polen en la candidez de la azucena...

Y en la soledad de la alcoba apacible, sobre el lecho muelle, se abandonaba á pesadillas atormentadas y voluptuosas...

Pero su marido no pensaba en ella. Ni la miraba al encontrarla en paseo, donde á diario concurría él con perdidas de toda especie. Y Carmen le amaba. Ofreció cuantiosas limosnas á San Antonio por recobrar el amor de Eduardo; hizo votos, comulgó siete domingos... Pero nada. El esposo seguía impasible.

Siguió aventuras con amigos de Lafuente, por ver si, al saberla de otro, se despertaba su deseo. Mas él no se «enteró»....

Y ella, en el colmo de su furia pasional, llegó á anhelar que la matara. ¡Qué voluptuosidad al sólo pensamiento del hierro penetrándola y de la sangre tibia corriendo dulcemente por todas sus carnes; y ella languideciendo sin dolores en aquel baño mortal!...

Llegaba Carnaval. Los bailes se anunciaban. Y Carmen, á solas, tuvo una idea. Inquirir á cuál iría su marido y presentarse á él. Despertar sus sentidos con la exhibición de sus formas delicadas, de aquel lunar de oro de su seno, manantial de delicias... Pidió á su hermana que la acompañase, pero sin comunicarla todo su proyecto.

—Irá tu marido—dijo Elvira.

—Es probable. ¿Y qué me importa?

—¿Llevas alguna combinación?

—Ninguna.

—Entonces no te acompaño. ¿A qué exponerse en tonto á un disgusto?

Habló entonces á cierta amiga, jamona y despreocupada, que en cuanto olió el lío se prestó fácil á todo. Carmen averiguó el pal-

NUESTRAS «AMIGAS»



PACA ORTIZ

co á que su marido iría y tomó el inmediato. Llegó la noche.

Vestía la esposa un traje *Imperio* que descubría su pie, deliciosamente encorvado, y el principio gentil de su pierna. Los pechos, blancos y duros como dos magnolias, ofrecían serenamente el perfume de su desnudez. Su tipo aniñado, de figulina, resultaba tan gracioso, tan lindo, con aquel traje, que llamó la atención. Y como se mostrase com-



—¿Cómo le encuentra usted, doctor?
—Se trata simplemente de un embarazo...
—¿Cómo?
—De un embarazo gástrico.

placiente, su palco se llenó de hombres.

Al llegar Lafuente al baile, en seguida le hablaron de ella. Nadie sabía quién podría ser.

Deseando el otro verla, se subió á una silla y descaradamente miró por encima de la tabla que separa los palcos. Lo primero que advirtió fué el lunar, aquel lunar famoso, célebre, digno de la inmortalidad, si ésta se concediese á los lunares.

Durante un momento permaneció frío, sereno, pugnando por dominar los instintos de animal salvaje que palpitan en el fondo de todos los racionales, para hacerse superior á sus propios deseos, que no eran por cierto los de *Orozco* en el sublime drama de Galdós; pero al cabo le venció la ira, y alborotándosele furiosamente la sangre, le golpeó en las sienes y le quemó los labios como una oleada de plomo derretido.

Su voz se puso trémula y secó su boca la fiebre del deseo.

Para acallarlo descorchó una botella y bebió. Pero la embriaguez poblaba el palco de imágenes sensuales.

Veía á su mujer desnuda, resplandeciendo á la luz tenue de la alcoba, sus formas gráciles, como las de la Venus de Médicis. Y con ardor de sátiro se precipitaba sobre ella y la acariciaba toda.

Sus manos, sensibilizado el tacto hasta experimentar dolor, recorrían los brazos flexibles, de línea indecisa y huyente, los pechos tibios y palpitantes, la curva pomposa de las caderas, la redondez de ánfora del vientre, los pies, como tórtolas prisioneras que se agitan nerviosas, los muslos blancos y firmes, los ojos entornados con un gesto de anhelo y de súplica, la boca entreabierta, el cuello abandonado en una actitud de suprema voluptuosidad...

Y su boca recorría todos los puntos satinados de la piel, con caricias que la estremecían, haciéndola vibrar, preparándola al dulce sacrificio...

Y deteniéndose en el lugar provocativo, lo besaba y lo mordía, como si por aquel puntito de oro quisiera mezclarla y transfundirla con él.

Y ella, en el palco próximo, seguía hastiada con una conversación vulgar, mientras su pensamiento volaba hacia el esposo, como el pájaro á su nido. Y al ver que él no llegaba, temiendo no la hubiese conocido, loca y delirante, se quitó la careta.

Uno de los que la vieron entró en el palco de Lafuente, y sin notarle, dijo con imprudencia:

—¿Sabéis quien es la mascarita de al lado? La de Ortiz.

Advirtió entonces al esposo y calló confundido, temiendo haber provocado con aquellas palabras un disgusto.

Levantó Lafuente sus ojos, velados por la embriaguez y el deseo, y lentamente, marcando bien las sílabas, dijo:

—¿Mi cuñada? Pues que no se sepa... deben ustedes ser prudentes, muy prudentes... ¡Pobre Ordóñez!

Y lanzó una carcajada.

Llenó luego una copa de «champagne», apuróla con avidez y levantándose, siguió:

—Voy á velar por la honra de la familia. No se muevan ustedes. La cosa no tiene importancia. Se trata pura y simplemente de velar por la honra de la familia; nadie me negará lo sagrado de este deber.

Entró en el palco de Carmen, que ya tenía el rostro cubierto. La ofreció el brazo, silencioso, y ella se agarró á él con ansia. El marido sintió el roce de su carne, como si la tuviese sobre la suya, como si al fuego de su lujuria las telas le hubiesen calcinado, y la arrastró hacia fuera. Pero en el pasillo no pudieron contenerse y se echaron uno en brazos de otro, enlazándose nerviosamente, con furor, incrustándose los cuerpos. Buscáronse con avidez las dos bocas y sus lenguas chocaron como las llamaradas de dos incendios. Un rato permanecieron unidos, en éxtasis... Luego él se separó un poco, para mirarla toda. Uno de los senos colgaba fuera, arrojado del corsé al violento choque...

Y el marido lo cogió con sus dos manos, y lleno de unción besó el lunar, que brillaba como una estrella en un cielo pálido.

. . . . . .

. . . . . .

La vida del matrimonio Ortiz-Lafuente está llena de episodios semejantes. Su historia formará, cuando se escriba, un libro erótico y triste, en el que cada página dirá un deseo y cada capítulo una desilusión...

Rafael Leyda.

AMORES PEDAGÓGICOS

¡Amores extraordinarios! ¡Amores dispuestos y arreglados por la casualidad!...—exclamó nuestro amigo interrumpiendo el diálogo.—¡Ninguno como los míos! El día en que tomé posesión de la escuela de Adelfales, supe que la maestra de aquel lindo pueblecito era un portento de juventud, de gracia, de belleza, de bondad, de sabiduría... ¡Los vecinos la admiraban con desatado entusiasmo. El cura, el médico y el boticario le rendían vasallaje y proclamaban que aquella mujer singularísima les superaba en el conocimiento de todas las ciencias. Hay que tener en cuenta que los tres eran viejos.



PACO SERRANO ANGUITA

El simpático «Tartarín» que, como su homónimo de Daudet, sale de la patria para recorrer tierras extranjeras. Joven y audaz, «Tartarín» hará furor en la Habana entre blancas y «morenas» más ó menos «cuarteronas».

En el pueblo no había más que dos prendas de valía: la patrona y ella. A ella acudían el alcalde y el secretario en consulta de líos administrativos; á ella los labradores, para que les recomendara nuevos cultivos y nuevos procedimientos agrícolas; á ella los matrimonios mal avenidos, las novios arriscados, los calumniados, los injuriados, los perseguidos, los hambrientos; y ella daba á cada cual lo que habia menester y enderezaba, ayudaba, consolaba y socorría con tal acierto, que arrancaba lágrimas y sollozos y exclamaciones y acrecía su fama y se extendía por el contorno. No tenia novio.

¿Quién hubiera osado poner los ojos en ella?

Fuera profanación ó locura, como lo fuera hacer el amor á su única competidora, la virgencita con cara de gitana que estaba en el camarín de la ermita.

Por compañerismo y por curiosidad visité á la maestra, que sin ser de extraordinaria belleza, como aseguraban en el pueblo, resultaba lindísima. Me recibió friamente, con empaque de sabihonda, y me recomendó que secundara la labor educadora que ella

En el próximo número:

Los amores de Chicote

Escritos por él mismo.

realizaba. Comprendía que si no abatía su soberbia iba á ser juguete de los caprichos de aquella endiosada mujer, dueña de todas las voluntades del pueblo.

Con este estímulo comencé mis lecciones en la escuela. Recién salido de la Normal, acicateados mis entusiasmos pedagógicos, implanté los procedimientos intuitivos, las lecciones de cosas y los juegos escolares. El corral de la escuela quedó transformado en huerto, donde cada alumno tenía y cultivaba su parcela, y á fuerza de súplicas, y apelando hipócritamente á la intercesión de la maestra, logré que se me concediera un trozo de un egido cumunal, á donde llevaba mis cerriles discípulos las tardes apacibles y donde hicimos un mapa de España y otras cosas que asombraron y sorprendieron á la misma marisabidilla, que algo tarde se dió cuenta del peligro que corrían su fama y sus prestigios.

Decidido á vencer en toda la línea adulé al cura, y como compadecido de su senectud, le ayudé en los trabajos de aquella Cuaresma, hablé en la iglesia, sentado en un sillón en el altar mayor, conmoví á los hombres, hice llorar á las mujeres... La maestra comenzó á imitarme. ¡Estaba vencida! Pidió también un trozo en el egido. Hubo sus más y sus menos para concedérselo, porque quedaba ya poco espacio donde pastasen los bueyes y las vacas del lugar. Tuvo que repartir su jardín entre sus alumnas, emprendió con ellas paseos escolares. Dos veces fuí á verla y no me recibió con fútiles pretextos. Al domingo siguiente en la iglesia volvió el rostro para no saludarme.

La guerra estaba declarada. ¡Guerra á muerte!

Yo tomé el más seguro partido, el de elogiarla desmedidamente; y ella, mujer al cabo, el de hablar mal de mí, el de intentar molestarme con inocentes añagazas.

Pronto comenzó á decirse por el pueblo que me tenía envidia, que era lo mismo que declararme á mí superior á ella. Así las cosas, un sábado nos encontramos en una cañada, yendo ambos con nuestros alumnos en paseo escolar. En estos paseos, los niños iban cantando aquellas cosas que, como la Doctrina, hay que fiar exclusivamente á la memoria. La maestra había imitado mi procedimiento, y así sus niña cantaban la Doctrina también.

Por no vernos en el estrecho sendero, ella habíase vuelto completamente hacia la derecha; yo completamente hacia la izquierda. Los chicos, rezongando los mandamientos de la Ley de Dios, cantaban:

—*El sexto, no fornicar...*

Y las niñas, que iban por los de la Iglesia, entonaban:

—*...á lo menos una vez al año, ó antes si espera...*

Y los muchachos, que llegaban al noveno mandamiento, entonaban desaforadamente:

—*...la mujer de tu prójimo...*

La maestra plantóse ante mí, y dando rienda suelta por los ojos encendidos, inyectados en sangre, á toda la ira que contra mí guardaba, gritó:

—¡Canalla, indecente! ¡Daré parte á la Junta provincial!

Calló la chiquillería estupefacta.

Regresamos al pueblo apresuradamente. Yo fingíame mohino y atribulado, aunque necesitaba un esfuerzo continuado para no reventar á puras carcajadas. Apenas se esparcieron niñas y niños por calles y casas, y súpose lo ocurrido, comencé á recibir visitas. El cura, atribulado, lamentaba que tan buenos maestros tuviesen que abandonar el pueblo, ó al menos uno de ellos, para no dar ejemplo de discordias; el alcalde ponía el grito en el cielo, y yo, paciente y resignado, juraba que no sabía por qué me había injuriado la maestra. De pronto se me ocurrió una idea. — ¡Aguarden ustedes! — y les dejé.

Por calles extraviadas llegué á los bardales del corral de la maestra. Salté la tapia, crucé varias habitaciones. Estaban abiertas todas las puertas, caídas en el suelo algunas sillas... ¡y allá, en el fondo de la alcoba, al pie de la cama, con el rostro cubierto por las manos, sollozando y gimiendo, estaba la maestra!

Caí de rodillas ante ella, y ella, en el desatamiento de su furiosa ira, se abalanzó á mí para golpearme. Pero yo le sujeté las manos y le cubrí de besos el rostro, murmurando

—¡La amo á usted locamente! Cuanto he hecho, ha sido por merecerla...

La casa, silenciosa; la alcoba, en penumbra; lágrimas en nuestros ojos; sollozos en nuestros labios; pasiones desatadas en nuestros corazones, que al cabo eran los únicos que podían entenderse en aquel lugarón; ambos arrodillados en el suelo; el lecho muelle, coquetón, al lado; en el jardín piando una bandada de gorriones...

¿Qué había de suceder?

Al cabo de dos horas, conmovido y sudoroso, loco de alegría, henchido de felicidad, saltaba las tapias y corría á mi escuela, donde el cura, el médico y el alcalde me aguardaban impacientes.

—¡No más heréticas interpretaciones!— vocifiré entrando.—Desde mañana, las niñas y los niños de Adelfales cantarán á dúo la Doctrina. ¡Y sus maestros, también! Puede usted anunciar, señor cura, que nos casamos antes de un mes, no sea que el diablo...

Estuve á punto de que se me escapara todo. ¡Cuesta á veces tanto trabajo tener prudencia!

Dionisio Pérez

EL PÚBLICO DE LOS «CINES»



—Aquí vengo á tomarme una ración de películas.

—Y yo otra de «pellízculas».

NOCHES GALANTES

En las noches galantes de ensueño y de [aventura,
ramentando proezas de Trianon y Versalles,
he buscado el delirio de un amor de tortura
en los parques dormidos y en las desiertas [calles.
Y estas lindas duquesas de percal y de his- [teria
que tienen su jardín en la carne florida,



— ... Y sáquele usted lustre, sin hacerla cosquillas.

han arrancado rosas vivas de su miseria
para aromar sensuales caprichos de mi vida.
Yo debo á su dolor la mitad del placer
que fué crucificando mi juventud de ayer.
Hoy que tengo el espíritu sentimental per- [dido,
la carne ya angustiada de lujuria ancestral,
se estremece en los lechos del amor prohi- [bido,
como carne maldita de pecado mortal.

J. Martínez Jérez



El confesonario

ELADIA RUIZ PARIS

Me pongo de rodillas, me paso la mano por la cara... y á decirlo todo, ¡todo!

Les juro á ustedes que lo contaré ¡¡todo!! Y permítaseme, en cambio, una abstención: no voy á decir que quiero tanto y cuanto al Arte; la verdad es que soy artista—¿buena? ¿mala?; que el público lo diga—, que soy artista porque... no hay manera de no serlo.

Comencé mi carrera artística de tiple cómica, y un día, porque me daba más dinero, cambié de género y me hice «divette».



ELADIA RUIZ PARIS

«Vete», nada más temía yo que me dijera el público; pero, vamos, no fué así para suerte mía.

¿Amores? ¿Episodios de mis amores? ¡Pero, si mi vida no tuvo nunca otra finalidad en este doloroso valle!

Para que se vayan ustedes dando cuenta de cómo sé yo de estas cosas, práctica pura casi todo, les diré que, cuando cumplí catorce años, tenía ya sobre mí la responsabilidad de haber traído al mundo á un lindo chiquillo, que ahora, á sus once, me hace vieja, llamándome «mamá»...

Ha habido de todo en mi existencia, corta todavía: horas de broma y de alegría, de inquietud y de celos y de rabia, de tragedia y de pena...

Mi primer pretendiente fué un torero. Luego... luego un cierto chico muy sentimental, nacido en Bilbao y pariente muy próximo de un minero de allá, acaudalado y popular. Aquel hombre era de lo que no hay. Su «sino» era, indudablemente, que había de morir por una mujer, y el destino quiso que esa fuera yo.

... Ahora, en cambio, tengo un amor que me hace reir mucho. Les voy á decir á ustedes: No es amor; es solamente un pretendiente desdeñado. Es un sacerdote que me confesó cierto día en que yo tenía muchos pecadillos, algunos de calibre. El hombre me absolvió, y en seguida me echó de penitencia que correspondiese al fuego que «notaba» por mí. A mí, la verdad, no me gusta, y le desairo... ¡Pero si vieran ustedes qué tozudo es!... Me escribe, me sigue, me acosa... Ahora le ha dado por ir á verme al Teatro Nuevo, y los miércoles y los sábados, á cosa de las diez, aparece con su coronita oculta por la acción del corcho quemado, toma una butaquita y á esperar que yo salga á escena para echarme ojos, ya que yo no le dejo que me eche otra cosa...

Pero, ¡ay Dios mío! (y perdonen ustedes el nuevo suspirito), mi corazón no es mío desde hace mucho tiempo; se lo entregué á un «tal» Paco. A un Paco que es moreno; aclaración muy interesante, no vaya alguien á creer que se trata de cierto Paco, rubio, y periodista y haya tiros...

Eladia Ruiz Paris.

PACOMIO PERIBAÑEZ

Podría contar mucho de aventuras, si no fuera porque soy la mar de discreto y porque le tengo una «jindama» horrible á las uñas de las mujeres.

La preguntita de si me gustan las señoras me parece una verdadera ofensa, porque creo que todo el que no se vista por la cabeza tiene obligación de chalarse inmediata y definitivamente por el bello sexo.

En cuanto á mi tipo favorito, les confesaré á ustedes que me sería dificilillo contestar, porque si bien hay rubias que me tiran un horror, sé de alguna morena por la que sería capaz de acostarme en la cuna, y conste que al decir esto no va con segunda intención ni propósito pornográfico, sino porque, como torero, uso, sin poderlo remediar, la fraseología taurina y por una cierta analogía que encuentro yo entre el arte de lidiar reses bravas y el amor.

Pero, no insisto, porque con eso de la censura es posible que encuentren pecaminosas mis palabras y la inocente revista La Hoja de Parra sufra los rigores del lápiz rojo, cosa que me dolería casi tanto como la cornada de un Miura ó la traicionera herida de unos ojos negros y rasgados.



PACOMIO PERIBAÑEZ

Quedamos, pues, en que me chiflo por las hembras y en que he tenido mis buenos lances amorosos; pero como la discreción por un lado, y por otro la pudibundez y ñoñería actual hacen peligrosos ciertos relatos, me contentaré con referir algo inocentón y candoroso.

Tengo una «gachí», italiana y más guapa que un sol, completamente chalada por mis hechuras y que no me deja ni á sol ni á sombra desde que me vió por primera vez el día 2 de Abril en la plaza de Barcelona.

¿Cómo se llama? No lo sé.

Y no es esto lo peor. Lo peor está en que ni siquiera he cruzado con ella la palabra.

Me escribe «la mar» de cartas; me dice en ellas una atrocidad de cosas agradables; me sigue á cuantas poblaciones visito; se hospeda á veces en las fondas donde yo paro; pero de amores, ni esto (señalando la uña del dedo meñique).

Esa persecución y su asiduidad en escribirme me hacen pensar mucho, porque ya pueden ustedes figurarse que yo habré hecho todo lo imaginable por descifrar la incógnita.

¿Quién será esa señora misteriosa?

Cuando salgo al anillo frente de mi cuadrilla, á la primera persona que veo es á «ella». «Ella» sigue mi faena con ojos curiosos, enigmáticos, y «ella» está á la puerta de la fonda cuando regreso de la plaza. Si quiero hablarle, rehusa hábilmente la conversación, y cuantas gestiones hemos hecho mis amigos y yo para averiguar quién es, resultan inútiles.

Yo quisiera que mi extraña admiradora se humanizase un poquitín, porque, la verdad, ya pasa de castaño obscuro que á un torero le siga una mujer y no se acabe la aventura. Otras, fascinadas por el prestigio que gozamos los de coleta, han empezado de igual modo que la italiana; pero al poco tiempo ó me han desengañado ó se han rendido á mis halagos.

Recuerdos tristes, en buena hora lo diga, no los tengo de ninguna mujer, y en cambio recuerdo con verdadero encanto los deliciosos ratos que me ha proporcionado mi trato con tanta hermosa Eva, como anda por esos mundos en busca de un Adán.

Pacomio Peribáñez.

CUENTO INOCENTE

MARIETA no duerme ni descansa.

Marieta tiene quince años, un pelo como el ébano, unos ojos como dos luceros, una porción de curvas incipientes que prometen convertirse en redondeces de Rubens, una imaginación muy exaltada y un novio que estudia Farmacia.

Con todo esto, y á pesar de ello, ó tal vez á consecuencia de ello, Marieta está triste y no goza de reposo.

Los padres de la niña ven, entristecidos, que la doncella desfallece y se marchita como flor de estufa, que llora sin fundamento y anhela la soledad.

El padre, un buen señor incapaz de ver más allá de sus narices, ni se explica ni comprende el fenómeno

La madre lo achaca á los amoríos y al afán de leer novelas y periódicos.

Braulio, el futuro boticario, un truhán con ribetes de tenorio, se pavonea pensando que llantos y ojeras se deben al volcán que ha encendido en el pecho de Marieta.

Cada cual atribuye una causa distinta á la enfermedad—de algun modo hay que llamarla—de la joven, pero ninguno está en lo cierto.

Marieta desprecia á Braulio, y si lee folletines y revistas es por puro recurso.

¿Qué tiene Marieta?

Pues, muy sencillo. Marieta tiene...

Pero, vamos por partes.

✠

Frente á la casa donde residen los progenitores de la niña hay un estanco, y en él una estanquera, cosa, despues de todo, naturalísima. Frecuentemente se asoma al balcón nuestra amiguita para curiosear lo que ocurre en el establecimiento donde tan caras porquerías nos vende la Tabacalera.

Tal fisgoneo ha traído como efecto el que Marieta conozca al dedillo las costumbres de los moradores del estanco.

Sabe divinamente las ternezas que á la estanquera prodiga su esposo, un apreciable señor que no hace otra cosa que fumarse los géneros y rendimientos de la tienda, á trueque de unas cuantas carantoñas á la ya respetable y sitibunda matrona, que detrás del mostrador adopta posturas de reina en el destierro.

No desconoce, porque ya lo ha observado repetidas veces, la puntualidad conque por el estanco aparece un mozalbete de ademanes achulados y no muy recomendables intenciones.

Más de una vez se ha escandalizado al ver que el estanquero no desperdicia ocasión de pellizcar á la robusta maritornes que ayuda á su esposa en el despacho de cajetillas y sellos de correos; y más de una vez, también, ha sentido la indignación de rigor al enterarse de que *el otro* gusta asimismo de *amoratar* á la frescachona sirviente.

Marieta, mujer vehemente, no transige con tales manejos, y aunque en ellos ni le va ni viene, es tal su preocupación, que ni puede conciliar el sueño ni consigue apartar de su imaginación tamañas enormidades.

✠

Pepa, pizpireta criadita, avisa á Marieta que la comida está ya en la mesa, y al comedor marcha nuestra heroína.

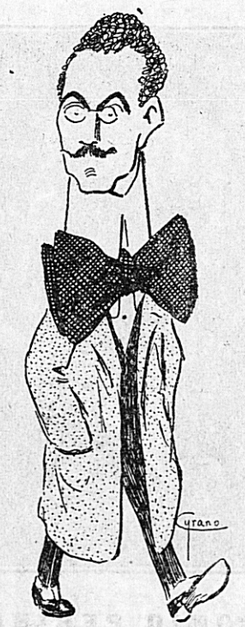
Es casi banquete. Braulio ha sacado un sobresaliente, y los padres de la chica le agasajan con un almuerzo.

El mal humor de Marieta es cada vez mayor.

Se habla de cosas de familia.

La madre, encareciendo las ventajas de una carrera, dice á Braulio, á quien mira con ojos muy tiernos:—Es lo mejor; ya ves tú; si éste la tuviera, no nos veríamos precisados

EL ADMOR. DE "LA HOJA,,



ANTONIO DE LEZAMA

Héle aquí. Escribe, como puede verse, cuentos lindísimos, y en cuanto se le pide dinero dice «que él no entiende de cuentos.» Después, afirma que le chinchan las paradojas...

¡Habrá *pez*!

á comernos los cuatro cuartos que yo traje al matrimonio.

Este—éste ya habrán comprendido nuestros lectores que es el marido—suspende la busca y captura de los tronchos que hay en el fondo de una ensaladera sostenida por la sin par Pepa, y lanza una fulminante mirada á su media naranja que, por lo ácida, más parece medio limón.

Pepa sirve la lechuga á Braulio, y en virtud de no sabemos qué maleficio, apenas si puede estarse quieta al lado del boticario en agraz. Marieta continúa ensimismada y sin acordarse de comer.

Su impetuosa mamá acaba por indignarse y preguntarla qué demonios le ocurre.

Marieta se decide á hablar, y de su boca surgen los anatemas é imprecaciones contra las esposas infieles, los maridos vergonzantes, las criadas descocadas y los señoritos aprovechados y chulos.

Doña Florencia, la señora de la casa, palidece; el esposo parece un cirio; Braulio asemeja una estatua, y la criada, más colorada que un tomate, rompe á llorar.

La comida acaba en el mayor silencio, y de las mesas se levantan todos como espectros.

Sólo Marieta sale satisfecha del comedor, congratulándose del efecto que ha hecho su catilinaria en el seno de una familia tan buena, tan honesta y tan cristiana como la suya.

Y para no mortificarse más con espectáculos repulsivos, cierra con violencia el balcón de su cuarto.

✠

Todo ha cambiado, ¡cosa más extraña!

Ahora Marieta está alegre como unas pascuas; sólo sus padres están tristes; la muchacha ha sido despedida y el odioso Braulio hace tiempo que no parece por la casa.

Antonio de Lezama.

DE LA ÚLTIMA HUELGA



Una carga] Un toque... de atención. Una descarga

PETICION DE UNA SOLTERA

«Señor D. José Rocamora, director del *Heraldo de Madrid*.

Muy señor mío: Como asidua lectora del diario que tan dignamente dirige, espero de usted que tenga la amabilidad de llamar la atención de las autoridades acerca del mal que nos aflige.

En un pueblo llamado Valverde, y que su cabeza principal es Llerena, en este pueblo, Sr. Rocamora, es tan grande el número de mujeres que hemos tenido la desgracia de nacer, que más de la mitad vamos quedando solteras por el escaso número de hombres que en dicho pueblo hay.

¿No podrían el gobernador, ó el que mande, sujetar esta epidemia, dotándonos de hombres de otros pueblos ó dar orden para que cada hombre pudiera casarse con dos? Cosa que se podría hacer en Valverde, entrando orden para este pueblo del que carece hoy.

Gracias anticipadas, señor director. *Una suscriptora del Heraldo, L. P. Ch. N.*»



Zulima.—¿Dónde vas, hijo?

Muley.—A Valverde de Llerena, en el primer tren.

HE aquí, señores y señoras, una virtud digna de ser premiada en los primeros Juegos Florales que se celebren. Ved, damas y galanes, cómo en el mundo quedan todavía almas cándidas, seguras ocupantes de los sillones colocados para los justos á la diestra de Dios Padre. Imitad el ejemplo. «Seguid; seguid la senda»...

Pero, ¿qué ejemplo?, ¿qué senda?, me preguntaréis: ¿La de L. P., que desde Valverde clama por que la faltan hombres? ¿La de los hombres castos de ese pueblo, que se conforman, por lo visto, con su esposa legal? ¿El de abstención de las pacíficas autoridades?...

Ninguna de esas, caros lectores míos. Las huellas que os indico que sigáis, el ejemplo que os pongo de manifiesto para que sea vuestra norma en esta vida, es el que os señaló, hace unos días, con la simple publicación de la precedente queja, el director del *Heraldo de Madrid* y grande amigo mío D. José Rocamora. Conducta alguna puede ser, en efecto, más digna de loa. Rocamora, en la plenitud de la edad y en la plenitud de los éxitos, recibe, en la redacción, una buena mañana, una linda carta perfumada en cuyo sobre campean las letras de su nombre, escritas nerviosamente por mano femenina. Rocamora, pese á su natural ecuánime, rasga la envuelta de un solo golpe, y haciendo cabalgar los lentes sobre la nariz, recorre de un tirón las líneas todas de la misiva, deteniéndose un punto, pensativo, ante las iniciales de la firma. Luego, quitándose los vidrios auxiliares, Rocamora oprime el botón de un timbre, espera la presencia del ordenanza á quien requiere, y estoico, le hace entrega de la epístola con orden de llevarla á los cajistas...

Renunciación, hermanos míos, en el Señor, se llama esa figura. Renunciación heroica, de la que vosotros, pecadores, no podéis formaros la más somera idea.

L. P., de Valverde, en un momento de desesperanza y de inquietud, pide hombres para sí y para las demás muchachas convecinas, que arden consumidas por el mismo inextinguible fuego. Son veinte; son ciento; á mil, acaso, lleguen las que han menester del concurso de varón para cumplir los fines de la perpetuidad de la especie. La carta cae en manos de un mortal que puede guardársela en el bolsillo, tomar el primer tren y ofrecerse á todas ó á la mayor parte de las necesitadas.

Es un mes ó un año de ejercer de sultán en Valverde de Llerena, sin miedo á los

franceses y con menos miedo que de ordinario á los ingleses. Es un festín pantagruélico de los que, por desgracia, entran pocos en libra... ¿Comprendéis la renunciación de Rocamora?

De aquí que yo, admirador en todos los terrenos del director del *Heraldo de Madrid*, pida que su virtud se premie y se proclame en los primeros Juegos Florales que se celebren.

Si bien he de advertir á las muchachas de todos los Valverdes que es más práctico, muchísimo más práctico en semejantes casos, dirigirse sin intermediarios á los casados del pueblo, que, como los de la ciudad, serán complacientísimos.

Y de acudir á la Prensa, las aconsejo que lo hagan enviando un anuncio concebido en los siguientes términos:

Señoritas decentes y ganosas de saber lo que no saben más que de referencias, desean protección de jóvenes en buen uso.

Fórmula discreta y eficaz que, por lo visto, no ha llegado al simpático pueblo de Valverde de Llerena, á pesar de ser tan antigua como el Diluvio. (Como *El Diluvio*, de Barcelona, naturalmente.)

Leopoldo Bejarano.

LA SABIDURIA CONYUGAL

TODO el mundo decía de Eleuterio que era el prototipo de los jóvenes formales y juiciosos. Su familia le tenía por un sabio y sus profesores le presentaban como el alumno modelo de la clase. Su inteligencia dúctil no tenía preferencias por nada; todos los estudios le parecían buenos y se los asimilaba con fría perseverancia. El pelo se le cayó á los veinte años; gastaba gafas de gruesos cristales, y mostraba su cuerpo de joven estudioso ciertos rasgos de vejez prematura. Su cabeza era un almacén de ideas ajenas; allí estaban atestadas la metafísica y la dialéctica, la filosofía cristiana y la racionalista, nutriéndose aquel cerebro con todos los delirios de la humanidad.

Su espíritu agobiado no se entregaba jamás á las expansiones y á los hermosos impulsos de la juventud; y cuando sus amigos le hablaban de sus noviazgos y amoríos, Eleuterio respondía gravemente:

—Yo me casaré con una muchacha de quince años, inocente y pura, con objeto de educarla á mi manera y hacer de ella un modelo de esposa y de madre.

Con efecto, se casó Eleuterio con una niña de quince abriles, á la cual doblaba la edad, y desde el primer día de su matrimonio comenzó á abrumarla con prolijas y minuciosas disertaciones sobre los deberes de la madre de familia y de la esposa honesta.

La obligaba á que leyera autores graves y de grande autoridad, como Fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Guevara, Vives y Fray Luis de León, y á cada instante reprimía los inocentes desahogos de la niña, diciéndole:

—Eso no es correcto; eso no es conveniente; hay que conducirse con mayor cordura.

SECRETOS DE LA CIENCIA



—¿No ves, Tomasa? El doctor pretende reanimar á Luisa por la respiración artificial.

Enriqueta, que así se llamaba la joven, no tenía más momento de solaz que los breves instantes que pasaba en la casa de una tía suya, donde su esposo solía dejarla cuando tenía necesidad de ausentarse de Madrid.

La tía, sin que Eleuterio lo supiese, daba reuniones en su casa, y allí se recitaban poesías, se tocaba el piano, y Enriqueta bailaba con todo el mundo, creyéndose feliz al verse libre del *Padre misionero*, como llamaba á su empalagoso marido.

Conoció en estas reuniones á un joven elegante que había sido agregado á la Embajada de Alemania y que conocía perfectamente la lengua germana, aunque hablaba con muchísima gracia la española; tanto que Enriqueta, al propio tiempo que su tía, se deleiteaba escuchando la vivacidad locuaz del diplomático. Una tarde, en que se hallaba la casa de la tía llena de sus jóvenes contertulios, vió Enriqueta venir á lo largo de la calle á su grave esposo, tan mesurado y circunspecto como tenía por costumbre.

Dirigióse Enriqueta á su tía, manifestóle temores de que su esposo la sorprendiera en tan bulliciosa reunión, y con objeto de engañarle, mientras la juventud alegre cuchicheaba en el salón, la tía, la sobrina y el diplomático se encerraron en un gabinete, y poniéndose delante la gramática alemana de Ayuso, comenzaron los tres á ladrar en alemán con la mayor solemnidad posible.

Entró allí el infeliz marido, complaciéndose mucho de la ilustrada ocupación de su esposa; recomendóle que prosiguiera sus loables estudios, y después de pronunciar dos ó tres discursos sobre las costumbres antiguas de los griegos y de los romanos, se retiró muy satisfecho á su casa, quedando la tía en el encargo de acompañar á Enriqueta, cuando terminara la lección, que no debía suspenderse; y así que el marido bajó las escaleras, llevando sobre los hombros su gran melón de metafísica guarnecido con lentes, el piano estalló en raudales de vibrante armonía, y los contertulios giraron en el torbellino del vals, en tanto que Enriqueta, dando vueltas en brazos del diplomático, celebraba el chasco que había dado al impertinente *mision*[illegible].

Aquel engaño inocente fué el primer secreto que cortó la intimidad y la confianza en el matrimonio, y como el diplomático era muy galante, la tía muy alegre, y la muchacha muy loca, las lecciones de alemán menudearon frecuentemente con gran regocijo de Eleuterio, que iba diciendo á sus amigos:

—Mi esposa es un modelo... Ahora está estudiando alemán... He conseguido educarla por completo... ¡Ya verán ustedes qué alhaja!

Eleuterio, que por efecto de su instrucción clásica sabía perfectamente el griego, el latín y el árabe, desconocía las lenguas vivas, y su esposa, para darle conocimiento de sus progresos, solía enjaretar en la conversación algnnos disparates y palabras estrambóticas, que ella se inventaba, diciéndole á su esposo que aquello era alemán puro, alemán neto que le había enseñado el profesor.

Después refería estas aventuras en casa de su tía, y la buena señora y el diplomático reían grandemente de aquella burla de que era objeto uno de los hombres más cultos de la Corte.



VENUS Y ADONIS (*Canova.*)

Envalentonado Eleuterio con la supuesta transformación de su esposa, la abrumaba cada día con nuevas diserciones filosóficas que ella aparentaba recibir con mucho agrado, ahondando los dos de esta manera el abismo que les separaba; y como el diplomático aprovechase estas circunstancias para poner en ridículo á Eleuterio, porque estaba enamorado de Enriqueta, logró engañar á la tía y al esposo, y concertó con la muchacha partir á América, donde pudieran entregarse libremente á sus juveniles y frenéticos amores.

A los pocos meses de la fuga recibió Eleuterio una carta en que su esposa le decía, entre otras cosas, lo siguiente: «No me busques. Soy completamente feliz. A pesar de que eres un sabio, te voy á dar un consejo: si tienes nuevos amores procura no aburrir á tu amante con tanto sermón. Tú has aprendido muchas tonterías, en vez de estudiar el arte de vivir y el de hacerse agradable, que te hubieran sido más convenientes. Procura olvidarme como yo pienso olvidarte pronto. Dale recuerdos á mi pobre tía y dile que ahora poseo perfectamente *la leng a alemana.*»

Eleuterio no se arrancó los cabellos porque no tenía ninguno, y el fracaso de su sabiduría y el ridículo de su decepción le hicieron más daño que su obligado divorcio. De las Universidades salen muchos hombres como Eleuterio, que no son más que tontos embrutecidos por el estudio.

Rafael Zorromé.



—La señora tiene un cutis muy fino. Yo soy muy inteligente en cueros.

FORTUNA DE CAZADORES

El conde de Casa-Manteca, señorón cortesano que no se preocupaba más que de llevar el cuello tieso, los puños almidonados, que usaba lentes de oro y guantes perpetuos, acordó con varios de sus amigos irse á pasar la Semana Santa á su lagar de Cerralvo, situado en los Montes de Málaga, no lejos de la Ermita de Santo Pitar, entreteniéndose en cazar... lo que cayera.

Llegarón al lagar el lunes santo, y con harta pena supieron que por aquellos sitios no abundaba la caza, como en otros tiempos, y que, por tanto, la expedición iba á ser aburrida.

Por fortuna la señá Patrocinio, capataza de la finca, tenía una hija que le daba tres y raya á la misma Venus de Milo y á todas las señoronas de la corte. Era una morena muy viva, muy colorada, con pelo muy negro, una boca que estaba pidiendo besos, unos dientes iguales y blancos y un cuerpo de figurín parisién.

Apenas vieron á Paca — pues Paca se llamaba aquel prodigio de rústica belleza—se animaron los cazadores y soñaron pasar ocho días admirables.

Salían de caza, y á la madrugada ya estaban de vuelta en el lagar con la esperanza de disfrutar de la agradable conversación de Paca.

Pero no habían contado con la huéspeda, y era con la travesura de Salvaorico, hermano de Paca, mozalbete gordo y fresco como una camuesa, coloradote como un pimiento, con fuerzas á lo Sansón y malicia por arrobas.

Apenas Salvaorico comprendió que los señoritos buscaban en la finca algo más que jabalíes y perdices, se puso en guardia y leyó la lección á su hermana. Esta, apenas si se dejaba ver, y cuando lo hacía, procuraba evadir la convesación y contestar lo más necesario al chaparrón de preguntas y de tonterías con que los señoritos la abrumaban.

Comprendieron éstos dónde estaba el enemigo y se propusieron aburrirle, haciéndole blanco de sus chistes y de sus bromas, no todas del mejor gusto. Pero Salvaorico no se achicaba y si le decían una contestaba